

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

La idea del poder en el debate asambleario. Buenos Aires, 2001-2002.

Caram Oscar.

Cita:

Caram Oscar (2013). *La idea del poder en el debate asambleario. Buenos Aires, 2001-2002. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/821>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

MESA N° 95

"Luchas sociales en la historia argentina reciente: experiencias, debates y representaciones"

Coordinadores:

Aiziczon Fernando

Benclowicz José Daniel

La idea del poder en el debate asambleario, Buenos Aires 2001-2002

Prof. María Cecilia Mecozzi -Instituto de Formación Docente Continua de El Bolsón.

Miembro del UER: CEHIR-ISHIR-CONICET/UNCO DNI: 18.500.493

oscaceci@elbolson.com

Prof. Oscar Caram Instituto de Formación Docente Continua de El Bolsón. Profesorado
de Historia.

Ambos autores son tesistas de la Carrera de Posgrado en la Especialización en Historia
Regional

oscarfader@hotmail.com

Resumen

Uno de los fenómenos más notables y significativos registrados en el marco de la pueblada de fines de 2001, es la constitución de asambleas barriales. El estallido del 19 y 20 de diciembre viene a coronar un clima de rebeldía contestataria cuyos innegables precursores son los movimientos piqueteros y las organizaciones sociales conformadas al calor de las luchas, tanto en puntos neurálgicos del interior del país como en el conurbano bonaerense.

El dato novedoso es la irrupción de los sectores medios en el cuadro de la protesta nacional, tanto por la confiscación de los ahorros instrumentada por el gobierno de la Alianza, como por la creciente conciencia de defraudación de las expectativas generadas por la dirigencia política.

La ya legendaria consigna unificadora (“que se vayan todos”) expresa el agotamiento de la idea de representación. Las asambleas tendrían entonces el carácter de expresión popular en tanto búsqueda de mecanismos más genuinos de la misma, así como de instancias organizativas en las que se reniega de toda forma de delegación de poderes y funciones, asumiendo el cuerpo asambleario en su conjunto el ejercicio de la práctica política y la reflexión sobre la misma.

Estas asambleas barriales surgen en buena parte de la ciudad de Buenos Aires, en numerosas localidades del conurbano y en varias de las más importantes ciudades del interior argentino. Instancias en las que el ejercicio de la democracia directa intenta capitalizar colectivamente el aluvión de la protesta callejera, tanto en pos de concretar reivindicaciones barriales y zonales, como en planteos más abarcativos a nivel nacional.

Cuantitativamente explosivas en sus comienzos, las asambleas van experimentando a lo largo de 2002 un proceso de decantación, en una dinámica conflictiva a la que no son ajenas la búsqueda de definiciones políticas, la relación con otras instancias de lucha y el propio devenir del poder estatal, en el que distintas facciones intentan recomponer el control sobre la sociedad civil.

En tal sentido, es tal vez el tema del poder el que atraviesa las discusiones asamblearias con mayor dinamismo y creciente virulencia. Al mismo tiempo, las políticas desde el gobierno configuran a mediados de 2002 un momento crítico. Entendemos en ese orden que la represión desatada, con la muerte de dos militantes, marca un quiebre en la propia dinámica del movimiento asambleario. La idea es que el agotamiento del poder horizontal encarnado en las asambleas barriales obedece en no menor medida a este violento cambio tanto en la orientación del bloque en el poder, como en el imaginario de los integrantes de aquellas.

Introducción

La aparición de Asambleas barriales formadas por vecinos autoconvocados después del 19 y 20 de diciembre del 2001, fue un fenómeno inédito en la historia de las protestas en la Argentina.

Amplios sectores de la población urbana, fundamentalmente en Capital y Gran Buenos Aires, encontraron en las Asambleas una organización que les permitió canalizar su desencanto y frustración con las formas de representación políticas tradicionales y movilizarse ante las dramáticas consecuencias del modelo neoliberal impuesto en la Argentina a partir de la Dictadura instaurada en el país en 1976.

La reacción popular de las jornadas del 19 y 20 de diciembre, expresadas en los cacerolazos, saqueos y protestas callejeras, fueron las manifestaciones de una prolongada acumulación de tensiones. En este sentido, el “estallido cacerolero” no inauguró ni condensó toda la rebeldía popular sino que le otorgó una carga simbólica al clima contestatario del que ya eran exponentes los movimientos piqueteros, las movilizaciones nacionales de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), el “voto bronca” de las elecciones legislativas de octubre del 2001, y la inusitada respuesta a la iniciativa de la consulta popular lanzada por el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO) entre el 14 y el 17 de diciembre. (Caram, 2002:10).

Es imposible deslindar las dinámicas políticas de los países de sus propios procesos sociohistóricos. Por lo tanto es importante señalar que las condiciones en las cuales tuvieron lugar los procesos de movilización social del 2001 y 2002 tienen un antecedente en el proyecto político, económico y cultural de la última dictadura cívico-militar. En tal sentido, si se registró una hegemonía neoliberal fue por la producción de un discurso de interpelación eficaz que pudo dominar y dar sentido a la situación inestable de finales de los años ochentas y principios de los noventa, así como por la rearticulación efectiva de relaciones sociales estructurantes del orden social en la década del noventa. (Retamozo, 2011:245).

En consecuencia, la crisis del modelo neoliberal provocó en la Argentina diversas formas autónomas de organización social, de las cuales las Asambleas barriales fueron un

elemento distintivo de dicho proceso. En las mismas, se hizo muy visible una reaparición y una resignificación de *la política*, que “*volvió a adquirir capilaridad y cotidianeidad, elementos indispensables para recrear los proyectos colectivos y las expectativas a mediano y largo plazo.*” (Salas Oroño, A., 2003:3).

La consigna “*Que se vayan todos, que no quede ni uno solo*”, que marcó de manera dominante al movimiento asambleario, expresó claramente la crisis de representatividad que en todos sus ámbitos atravesaba a la sociedad argentina. En este sentido, uno de los aspectos más discutidos en los estudios sobre el tema, es la posibilidad de construcción de un proyecto político que hubiese materializado en nuevas instancias organizativas, la concreción de las expectativas de cambio que se manifestaron en el seno del movimiento asambleario.

En el presente trabajo nos interesa profundizar e indagar en la construcción de los imaginarios colectivos en torno a la idea de poder que atravesaba a las asambleas populares, así como el ejercicio de la práctica política y la reflexión que se ejercía al ritmo de los acontecimientos. Intentamos, entonces, dar cuenta de los debates que sobre el tema impregnaron la práctica asamblearia durante el breve pero intenso periodo histórico que va desde la caída del gobierno de la Alianza hasta las elecciones del 2003.

Además, se pretende acercarse desde la perspectiva histórica un análisis que complementa lo ya aportado desde otros campos de estudio de las Ciencias Sociales. En el mismo sentido, la temática se enmarca en el campo de la Historia reciente-presente, en tanto el estallido de la crisis de 2001 implica un momento de profundas rupturas tanto en el plano de las vivencias y percepciones individuales –experiencias vividas- como colectivas, en el plano de los imaginarios y en la construcción de nuevas identidades sociales y políticas. Como en otros terrenos de la Historia presente, el pasado cercano aflora en las memorias vivas, en la multiplicidad de testimonios, en la presencia activa del pasado y en la reconstrucción de los hechos desde nuestra propia contemporaneidad. Más aún, el tema encuentra una clara significación que se corresponde con la fuerte preponderancia en este campo historiográfico de situaciones traumáticas y conflictivas. Es aquí donde adquieren un peso particular los testimonios orales y las observaciones desde otros campos de estudio, como la Sociología, la Antropología y las Ciencias Políticas.

Las Asambleas populares en perspectiva histórica

En la Argentina, el proceso de Industrialización registrado en la década del 30 del siglo XX dio lugar a la asalarización de la población generando un importante proceso de sindicalización masiva. De esta manera, gremios y sindicatos fueron instituyéndose como los referentes para promover y llevar adelante acciones colectivas teniendo como eje al “obrero”, colectivo que incluye a todos los trabajadores –empleados o no-. La *huelga* sería la herramienta por excelencia del repertorio de acciones colectivas llevadas adelante.

El paradigma desde el cual se entiende a las acciones colectivas que tienen lugar en este período y que son leídas como parte del *movimiento obrero*, supone que existe “un conflicto social central y estructurante entre los sectores del capital y los del trabajo” (Farinetti, 2002).

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, el panorama de los lazos estructurantes de la sociedad se modificaron. Teniendo en cuenta el proceso de globalización y en el marco de la aplicación de las políticas económicas de corte neoliberal conjuntamente con la sistemática interrupción de los canales de “diálogo” entre la sociedad civil y el Estado (es decir, con la proscripción de partidos políticos y la intervención de los sindicatos por parte del Estado, entre otras cuestiones), la sociedad civil fue encontrando nuevas maneras para expresar y comunicar sus disímiles demandas.

Al mismo tiempo, se pueden apreciar cambios en los contenidos de dichas demandas, comenzando a plasmarse acciones colectivas que ya no abarcan fundamentalmente la lógica de la oposición “capital-trabajo”.

A partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, y la incapacidad de sucesivos regímenes militares y civiles para estabilizar un orden alternativo al poder peronista y reintegrar a las mayorías populares al juego político-electoral, a la vez que, la incipiente implementación de políticas económicas de corte desarrollista tendientes a la modernización de la estructura productiva, fueron condicionantes que agudizaron los conflictos heredados del ‘55. A ello se suma, durante los tempranos 60, la expresión autóctona de la cultura juvenil contestataria, que en el contexto de la proscripción de las

mayorías populares y al calor de varios procesos revolucionarios latinoamericanos, tiende a una radicalización política e ideológica que comenzaron a practicar nuevas formas de protesta colectiva (Ramírez y Viguera, 2007).

Va configurándose de este modo nuevas formas que adoptan las manifestaciones que tienen lugar a partir de la década del '60 aproximadamente, tanto en el mundo como en Argentina. Si antes alcanzaba con remitirlas a la idea del “movimiento obrero”, luego va a ser necesario pensar en otra denominación. Se acuña así la idea de “movimiento social”, en un sentido muy genérico.

En este caso, el “quiebre” del diálogo entre el Estado y la sociedad civil, se manifiesta no sólo en la inoperancia para canalizar demandas de los partidos políticos tradicionales cooptados por el poder político de turno y embriagados por la ideología neoliberal o “pensamiento único”, sino también en la pérdida del poder de organización de los sindicatos. La desarticulación de la sociedad del trabajo, supone la generación de una masa importante de desocupados o subocupados (no sólo desempleados)¹ que poseen una escasa o nula representación sindical en la medida que no pertenecen a ningún gremio o sindicato - dado que no participan de una actividad productiva continuada.

Al mismo tiempo, el Estado se retira como garante y promotor del bienestar de la población. Este retiro tiene un impacto mayor en las regiones -y más específicamente en las localidades- donde la proporción de la población que depende directa (empleados estatales y los prestadores de servicios al estado) e indirectamente (los que utilizan más frecuentemente los servicios estatales de educación y salud) del Estado provincial o de alguna actividad industrial, es muy alta.

Este paradigma cambió a partir de la crisis económica mundial de los años 70, cuando el Estado se convirtió en el causante de los problemas económicos y sociales del país, situación agravada por los desafíos que presentaba la redemocratización del sistema político. La solución a los problemas se buscó en la aplicación de las denominadas “políticas neoliberales”. Estos planes buscaron enfrentar la crisis retirando al Estado de las funciones que había desempeñado e hicieron hincapié en la idea del mercado como único

¹ Es importante recordar la distinción entre “desempleado” y “desocupado”. El primer caso incluye sólo a las personas que no poseen un empleo, es decir no perciben un salario y no trabajan en relación de dependencia. El segundo caso, implica que las personas no realizan ningún tipo de trabajo, entendido como cualquier actividad que produce bienes o servicios que tiene como finalidad su intercambio en el mercado. En este sentido, el segundo término es más abarcativo que el primero.

regulador de la economía y la sociedad. Su discurso transmitió la idea de achicamiento del Estado, reducción del gasto y privatización de las empresas públicas. En este contexto ideológico, la educación y la salud, dejaron de ser derechos para transformarse en mercancías que se compraban y vendían.

Se produjo una fuerte reestructuración productiva sustentada en las nuevas tecnologías que se incorporaron a la organización del proceso de trabajo. Estos avances tecnológicos, cruzados con la lógica de mercado, en lugar de significar una extensión del bienestar para la mayoría de la gente, implicó la construcción de nuevas desigualdades culturales, la profundización de las ya existentes, la instauración de enormes pozos de miseria, al avance de la exclusión social y la pauperización generalizada de la población y la fragmentación de la sociedad en su conjunto.

La recanalización de la participación ciudadana hacia formas más institucionalizadas, menos subversivas y alejadas del conflicto y la protesta social, se concretó a través de un esquema de democracia representativa que podría ser compatible con organizaciones de la sociedad civil encargadas de producir una cultura política democrática.

El advenimiento en el país de la democracia en 1983, construyó la ilusión de una sociedad política con la canalización de la participación a través de partidos políticos. Sin embargo, esa democracia tuvo pocas bases y decayó cuando la política se mostró incapaz de cumplir las promesas de atender la cuestión social. (Retamozo, 2010) En 1987 se produjo la primera desilusión al descubrirse la impotencia del gobierno frente a poderes corporativos, su incapacidad frente a la inflación, al conflicto sindical y al poder militar y el Plan Austral, resistido por un movimiento sindical que recuperaba protagonismo en el conflicto social como dentro del Partido Justicialista. Se puso de manifiesto en esa circunstancia, una sociedad atravesada por un conjunto de tensiones que manifestaron la complejidad de los desafíos a repensar, ya que el problema no era tanto la discusión sobre las democracias mínimas como la superación de las “*realizaciones mínimas*” (Funes, G. 2002: 68).

La cuestión social, con sus nuevas configuraciones, emergió con mucha fuerza en la década de los 90, luego de los ajustes estructurales y de la política neoliberales aplicadas. El resultado de ellas (desempleo estructural, pobreza extrema, exclusión social) puso en

tensión la igualdad política y la desigualdad social. El "cambio de época" planteado por Carlos Saúl Menem consistió en la aceptación de las políticas impuestas por el sistema económico mundial incorporando las ideas sobre la globalización y las limitaciones de los estados nacionales por los actores internacionales y sus intereses. Menem extremó el discurso globalizador que resultó útil para debilitar aún más las capacidades estatales, debilitamiento que no impidió que el Estado cumpliera la tarea de canalizar ingresos hacia los grupos empresarios emergentes de la concentración y transnacionalización económica capitalista ocurrida durante la última dictadura militar. La desestructuración del mundo del trabajo asalariado bajo estas nuevas condiciones produjo un aumento acelerado de la desocupación y de la exclusión social, los derechos sociales y políticos se orientaron más a los individuos y no a los grupos; entrando en crisis las identidades colectivas.

Amplios sectores de la sociedad, dadas sus condiciones de vida, quedaron apartados realmente de la trama de existencia colectiva. En consecuencia, resultó ilusorio pensar en ciudadanías completas sino, más bien, en ciudadanías parciales o incompletas. En el 2001-2002, la sociedad argentina se enfrentó con el fondo de la crisis cuestionándolo todo, es decir, las bases mismas del contrato social. Fue un nuevo clivaje que se sumó al trauma social heredado de la dictadura militar en 1976 y a la hiperinflación de 1989, que produjo un estallido social y erosionó cualquier referente de certidumbre respecto de la capacidad gubernamental para evitar el caos generalizado.²

Sin embargo, estas transformaciones también impactaron en las dinámicas de la participación política. El modelo de organización y acción representado por el sindicalismo clásico se vio afectado considerablemente. Los cambios en el trabajo y la nueva composición de la clase obrera pusieron a las organizaciones sindicales, tradicionalmente monopólicas para procesar las demandas en el mundo laboral, frente a varios problemas. A los problemas de desocupación y de trabajo informal, se añadió el desprestigio de las conducciones gremiales por su alineamiento con el proyecto hegemónico en la década del noventa en lo que algunos autores han denominado "transformismo" (Retamozo, op.cit.). El creciente desempleo obró como un elemento y las nuevas condiciones del mercado laboral que afectaron la huelga como repertorio de acción para importantes sectores de la clase trabajadora. Esto no significa que las huelgas hayan desaparecido pero la huelga como

² Mecozzi, María Cecilia (2010) "La Argentina neoliberal y su enseñanza en la escuela", El Bolsón, mimeo.

acción directa fue paulatinamente complementada con nuevos repertorios de acción colectiva. (Auyero, 2002).

En este sentido, los cambios se materializaron en un verdadero proceso de reapropiación territorial, en el que los trabajadores experimentaron una traslación del ámbito central de la lucha de la fábrica al barrio. Así, de barrios obreros, los conglomerados urbanos pasaron a ser barrios de desocupados. (Grimsón y otros, 2003).

Sobre los nuevos escenarios y actores de la protesta social: algunas categorías de análisis

El ciclo de protestas iniciados en el 2001 marcó un punto de inflexión, en cuanto a las formas de beligerancia y a las maneras organizativas generadas desde el ámbito popular. En las jornadas del 19 y 20 de diciembre se cristalizó un espacio habitado por un conjunto heterogéneo de actores sociales que si bien fueron conformándose en disímiles momentos históricos y con diferentes demandas lograron copar la escena pública a partir de un “encadenamiento de protestas”, que llevó a la renuncia del entonces Presidente Fernando De la Rúa y del Ministro de Economía Domingo Cavallo, despertando asimismo un constante estado de vigilia en las plazas y calles de la Argentina (Bloj, 2004).

En el movimiento asambleario surgido en el 2001 se pueden inscribir nuevas concepciones respecto a la acción colectiva inscribiéndose en la categoría de nuevos movimientos sociales³ caracterizados por la espontaneidad y por objetivos de movilización que integran “nuevos problemas” por los cuales movilizarse: género, derechos humanos, ecología, etcétera. El eje del análisis se traza sobre la conformación particular de identidades que, mediante el involucramiento personal y afectivo, se constituyen como organizaciones –identidades colectivas– con cierta continuidad en el tiempo y extensión en el espacio (Schuster, 2005: 48) que se conciben a sí mismos como nuevas formas de la política.

A partir del estallido social de diciembre fueron numerosas y constantes las manifestaciones de protesta en los lugares tradicionales de la ciudad de Buenos Aires. En

³ Por movimiento social se entenderá “una acción colectiva de carácter no momentáneo en la que un grupo, con cierto grado de organización, realiza acciones extrainstitucionales dirigidas a la promoción, o bien la contención de determinados cambios”. Sin embargo, Viguera (2009) resalta la necesidad de “rescatar aquellas conceptualizaciones teóricamente más densas y complejas, en las que, ante todo, se pretende reservar la expresión para identificar y analizar cierto tipo de acciones o fenómenos colectivos”. Es así que propone remitirse “a la noción de ‘nuevos movimientos sociales’ acuñada en Europa a mediados de los años sesenta por autores que, como Alain Touraine y Claus Offe, procuraban dar cuenta de actores colectivos emergentes cuyas características parecían requerir de nuevos conceptos para su identificación y análisis

simultáneo, fue surgiendo entre los propios protagonistas la necesidad de juntarse para discutir y definir acciones comunes en cada barrio, las cuales referían tanto a problemas específicos barriales, como a cuestiones vinculadas con el poder central. Bajo la consigna unificadora “Que se vayan todos”, las asambleas se constituyeron en espacios de práctica y construcción política en la que el tema del poder popular se instaló como centro principal de las discusiones. En este sentido, se puede afirmar que buena parte de la población urbana de las principales ciudades del país se constituyeron como sujeto político, en tanto cuestionaban el poder instituido en todos sus aspectos y en todos sus niveles, y se planteaba (de manera inorgánica) alternativas al poder.⁴

En los centros neurálgicos de cada barrio fueron gestándose, de este modo, asambleas vecinales que implicaron en un sentido real y simbólico la reapropiación del espacio público. El “vecino” aparece como una categoría central de todo este movimiento, en tanto su pertenencia se identifica con el barrio que habita. La figura del “vecino” resultó sumamente funcional a la hora de establecer fronteras, sobre todo frente a los avances reiterados de las identidades partidarias. (Svampa-Corral, 2002).

El vecino se vuelve un sujeto construido desde su voluntad asociativa y emprendedora, desde sus preocupaciones comunes, desde su capacidad de reclamar y debatir. La subjetividad del vecino se construye alrededor de un imaginario de sujeto que no excluye, que habla en la calle, que se reúne con otros, que se involucra, que ejerce la ciudadanía y es artífice de su propia historia. (Bloj, 2004: 141-142)

A partir de ahí, y con un ritmo vertiginoso, estas asambleas se fueron constituyendo como **sujetos políticos**, en tanto el cuestionamiento se entrelazaba con la fuerte necesidad y demanda de “*hacerse cargo*” (Feijoo-Salas Oroño, 2002). En este proceso, la figura de *vecino* devino rápidamente en la de *asambleísta*.

En los nuevos imaginarios sociales, la teoría de la representación dejaba paso a la democracia directa y a la horizontalidad como valores dominantes. El paradigma de la representación ya no era posible, en tanto que se interrumpió la ficción de la representación,

⁴ Hacia el 2002 existían en todo el país 272 asambleas. En la ciudad autónoma de Buenos Aires se concentraban 112, oscilando en cantidad según los barrios, algunos de ellos alcanzaron a reunir entre siete y diez asambleas. La provincia de Buenos Aires poseía 105 asambleas y las 55 restantes se distribuyeron por el país, siendo siete provincias las sedes de dichas organizaciones: Santa Fe (37); Córdoba (11); Entre Ríos y Río Negro (2 cada una); La Pampa, Neuquén y San Juan (1 cada una). Datos extraídos del Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 2002.

la cual tiene como condición necesaria la existencia y conjugación de gobiernos que sean representativos y sociedades sean representables. *Son justamente estas dos condiciones las que se encontraban cuestionadas en ese momento, generando así un debate sobre la credibilidad y legitimidad de la representación como la mejor forma de gobierno. Es esta relación metonímica la que ya no es creíble, los representados ya no se sienten identificados con los representantes.* (Abal Medina h, 2004)

Repensando el poder: la construcción de nuevas subjetividades

Diciembre del 2001 implicó un cambio profundo en el sentido de las experiencias sociales de los y las argentinas. Al mismo tiempo, el estallido popular actuó como catalizador de procesos que venían madurando durante el prolongado periodo neoliberal y al mismo tiempo, como disparador en las búsquedas de nuevas identidades y nuevas subjetividades.

Entre estos nuevos imaginarios sociales⁵ resultó central el rol desempeñado por las Asambleas barriales en la reapropiación del espacio público, en claro contraste con el predominio de lo privado instalado material y culturalmente en la sociedad hasta esos momentos. Dentro de estos imaginarios sociales, gravitaba con fuerza la idea de la autoorganización democrática como germen de poder popular⁶ el rechazo a todo lo instituido y la conformación de una nueva cultura de cambio.

Desde el comienzo se fueron perfilando los principales atributos del movimiento asambleario: autonomía respecto al Estado y a los partidos políticos, práctica horizontal en la toma de decisiones, relación dinámica y contradictoria entre las acciones discutidas en el seno de las asambleas orientadas a palear las necesidades inmediatas de los vecinos en el marco de la profunda crisis, hasta planteos referidos a la situación nacional. En términos de Rubén Dri "*relación dialéctica micropoder-macropoder*" (Dri, R: 2002). Por otro lado, las

⁵ El imaginario" es la construcción simbólica mediante la cual una comunidad (racial, nacional, imperial, sexual, etc.) se define a sí misma. Bakzco sostiene que a través de los imaginarios sociales... "una colectividad designa su identidad elaborando una representación de sí misma, marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales, expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores [...] Así es producida una representación totalizante de la sociedad como un "orden", según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad, su razón de ser". BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p 29.

⁶ ALMEYRA, Guillermo (2001) "Había voluntad de cambio del personal político, no de cambio del sistema capitalista" En Revista *Sudestada*, Año 11, n° 105, diciembre 2011, p.12

asambleas tuvieron la particularidad de estar a caballo de los movimientos sociales y de los movimientos políticos.

De estos atributos generales que caracterizaron fuertemente a las Asambleas populares conformadas en el 2002, centraremos nuestro análisis en el debate acerca del poder que atravesó el movimiento asambleario a lo largo de toda su existencia.

Una reconstrucción participativa y colectiva “desde abajo”

“La horizontalidad se puede sostener cuando son 5, no cuando son 300. La horizontalidad, en la práctica no se puede llevar a cabo. Además, siempre hay líderes naturales.”

(Adrián, asambleísta de Caseros, pcia. De Buenos Aires)

“Yo opino que es en este momento-no hace diez años- cuando el lazo social se vuelve a restaurar, a partir de ya no confiar en el de arriba sino confiar en el de al lado, cambia la significación imaginaria: ya no delego más sino que trabajo con mis vecinos, pongo el cuerpo junto con mis vecinos”

(Emilio, asambleísta de Saénz Peña- Santos Lugares, pcia. de Buenos Aires.)

En el devenir de la práctica asamblearia la potencia inclusiva del imaginario de “unidad sin diferencias” se debilita y va cediendo paso a una representación más compleja: la “unidad en la diversidad”. Aparecen los “otros” dentro de la propia escena en tanto se visibilizan y explicitan diferentes proyectos.

Las asambleas se perfilaron como dispositivos de encuentro de subjetividades en construcción alrededor de la idea de un ejercicio activo de la ciudadanía; novedoso en tanto intento de suturar (no cerrar) las movilizaciones previas y canalizarlas en un nuevo tipo de organización colectiva, *“a partir de la apropiación de ciertos núcleos de identificación que circulaban más dispersamente en la escena social: impugnación al Estado y al campo político, restitución de los lazos entre vecinos, democracia directa y rechazo a la “mediación” (sea enunciada como representación, verticalidad, delegación o mandato). Las asambleas intentaron ser un ámbito de ‘democratización de la democracia’, intentaron ser ámbitos de contrapoder y de acción directa.”* (Bloj, 2004).

La horizontalidad – uno de los rasgos distintivos y más referidos en los estudios respecto a las asambleas- no constituyó sólo una “forma” de tomar las decisiones en contraposición a la verticalidad y a la representación, sino que fue uno de los elementos constitutivos esenciales del movimiento asambleario, en tanto fue en sí mismo una práctica política, un contenido nuevo en el ejercicio de la ciudadanía.

Las asambleas barriales, constituyeron de esta manera una práctica novedosa de asumir y entender la política, aunque como herederas de una cultura “de izquierdas” tendió a saldar, mediante la horizontalidad, algunos aspectos traumáticos de la relación dirigente-militante en las prácticas de las organizaciones políticas de los años setenta. (Salas Oroño, 2003)

Cabe aclarar que estas prácticas de democracia directa no son privativas y exclusivas del movimiento asambleario ni fueron invención de las asambleas barriales, sino que también fueron un signo distintivo de otros movimientos sociales surgidos como resistencia al modelo neoliberal. En este sentido, el zapatismo mexicano surgido en enero de 1994, constituyó un modelo típico de horizontalidad que actuó como referente para diversos movimientos sociales latinoamericanos. En palabras de dicho movimiento: *“el propio zapatismo dice que es una intuición”, que mucho tiene que ver con lo cultural. Y esa intuición tiene que ver con todo una práctica cotidiana (...) Así como se da el sincretismo religioso en muchas comunidades mexicanas, se da un sincretismo militante”, el crisol de militancia que, en la práctica horizontal, se diluyen. Cuando le pregunté a un comandante zapatista cómo es esto de la horizontalidad – que a nosotros nos cuesta bastante sostener- él me dijo: “nosotros hace ocho años que funcionamos horizontalmente, pero tardamos quinientos en elaborarlo”* (Eduardo, asambleísta de Corrientes y Angel Gallardo, Buenos Aires, En Caram, O. 2002:59)

Queda abierto el interrogante de si estas prácticas horizontales son transmitidas de un movimiento a otro o bien, forman parte de la naturaleza de todo movimiento que surge al margen de lo instituido, ya sea desde lo estatal o desde las estructuras partidarias. La experiencia concreta vivida en nuestro país pareciera reforzar esta última hipótesis.

Necesidad de Autonomía

“Este sistema que tenemos no se puede humanizar. Crear otro organismo dentro de este sistema es más de lo mismo. Se trata de la disyuntiva entre avalar o rechazar las instituciones. Además, tenemos que preguntarnos contra que estamos dispuestos a pelear.

Yo estoy en este ámbito porque quiero decidir, si no, estaría en un partido político.”

(Ana, asambleísta de Sáenz Peña- Santos Lugares, prov. de Buenos Aires)

“Ellos (los partidos) buscan centralizar, el partido de masas o el movimiento popular, no importa el nombre que le asignen, es lo mismo para ellos, la unificación bajo una dirección preclara, una elite, que sabe hacer la revolución y que sabrá organizar y planificar la sociedad luego.” (Alberto, asambleísta de Almagro).

*“Una de las primeras –tumultuosas-reuniones de la asamblea. Alrededor del mástil, aprovechando las pocas luces de la plaza, nos sentamos en el piso y nos paramos en los bancos. Los que quieren hablar, se anotan. Se suceden los oradores, las propuestas, el aparente caos. Pide la palabra un grandote de lentes y bermudas. Un amorfo giterío lo recibe: es obvio que el tipo es más o menos conocido. ‘¿Viene como vecino o como político?’, berrea una mujer a mi lado y advierto el acento despectivo en lo de **político**. Sobreviene un intercambio de opiniones, sobre si hay que dejarlo hablar o no: el hombre en cuestión –me entero- es concejal. Opositor, pero concejal. Progre, pero político (...) una sabia moción de orden propone que se vote: por la mínima diferencia, ganamos los que sostenemos su derecho a hablar, y el nuestro de escucharlo. Habla, termina y ¡se va!, no se queda a escuchar a los demás ni a votar las propuestas. Parece que es vecino pero no tanto. (Caram, O. 2002:116)*

El rechazo a las lógicas del sistema de representación y a las instituciones políticas tradicionales requería de las asambleas la capacidad de crear nuevas propuestas acerca del manejo de los asuntos comunes de la ciudadanía, que requería por parte de los asambleístas una enorme creatividad para pensar y resolver los asuntos comunes de la ciudadanía.

La política como sociabilidad de necesidades humanas se reinscribe en el barrio, al calor de la lucha y la construcción constante. Este interés se ha materializado en la constitución de Comisiones de Trabajo que abordan una multiplicidad de cuestiones a nivel micro y macro social, dinamizando el debate y, sobre todo, las acciones llevadas a cabo desde ese territorio en disputa permanente -o espacio vivido- que es el barrio. (Ouviña, op. Cit). Se produce de esta manera, una reapropiación de lo “público”, que atraviesa las discusiones y decisiones de los assembleístas, en palabras de Ouviaña, “lo vecinal se vuelve político, emergiendo una cuestión colectiva, a resolver en el ámbito de la comunidad”.

Las asambleas desde su origen buscaron funcionar por fuera de la esfera político institucional debido a que se puso en cuestión todo lo vinculado al sistema de representación y se resignificó la ciudadanía, en tanto no se *es ciudadano* por pertenecer a un Estado sino por integrar y participar de ámbitos resolutivos colectivos al margen de las instancias tradicionales de participación y decisión.

Ahora bien, cabe preguntarse si este funcionamiento autónomo del movimiento asambleario devino de una voluntad expresa del conjunto de decidir al margen de todo lo instituido, o si también partió de la propia necesidad como movimiento social de reconstruir los lazos solidarios en la búsqueda de respuestas colectivas y la definición de nuevos proyectos. (Salas Oroño, A., 2003). En consecuencia, se podría considerar que las asambleas tuvieron que hacerse cargo de la reconstrucción de parte del entramado social debido al vacío generado por la crisis de representatividad gestada en los sucesivos gobiernos constitucionales post dictadura que resultaron altamente decepcionantes.⁷ Siguiendo a Salas Oroño (2003, op.cit), el estallido social del 19 y 20 de diciembre vino a profundizar la idea de autonomía esbozada a partir del Cordobazo: *“alejados por refracción al Estado e incluso a las estructuras corporativas tradicionales, los movimientos sociales se lanzaron (...) a regenerar el lazo social y a reconstruir en el plano representacional otras formas de vida, otros devenires, otras expectativas.”*

En este proceso, tampoco fueron inmunes a la desconfianza hacia la dirigencia los partidos de izquierda, si bien muchos assembleístas provenían de experiencias partidarias de ese signo político. La convivencia en el seno de las asambleas con dichas estructuras partidarias implicó conflictos de variada envergadura. El lema *“que se vayan todos”* y la

⁷ Para un tratamiento más detallado del papel de los partidos políticos tradicionales entre 1983-2001, ver Basualdo, Eduardo (2001) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Buenos Aires, UNQ.

pretensión de autonomía, incluyó también a la dirigencia de izquierda con pocas excepciones, aunque fueron sus militantes los que más participaron de manera activa y manifiesta por no cargar con la responsabilidad de los grandes movimientos tradicionales en la crisis generalizada. Sin embargo, la pretensión de algunos partidos por cooptar el movimiento asambleario e imponer su propia línea política, causó no pocas situaciones conflictivas y disruptoras en el seno del mismo⁸.

Como caso testigo se puede citar la asamblea interbarrial que se reunía semanalmente en Parque Centenario y que fue el escenario de la lucha entre dos estructuras partidarias que incluyó el uso de la violencia física. Y la conmemoración del 1º de Mayo de 2002 suscitó la convocatoria de cuatro actos diferentes y simultáneos, en Plaza de Mayo, el Obelisco, Plaza Congreso y Plaza Once, donde las asambleas fueron tironeadas para alimentar las respectivas concurrencias. Particularmente significativa fue, en este sentido, la actitud de numerosas asambleas que encolumnadas iban y venían de un acto a otro —en medio de acaloradas discusiones sobre la actitud a tomar, levantando incluso consignas que llamaban a la unidad. (Caram, O., 2002: 13-127)

El poder

“Yo defiendo que las asambleas deben ser órganos de contrapoder y autodeterminación del pueblo y con cada paso que damos para poner en dudas la autoridad de los gobiernos nacional, provincial, municipal, estamos construyendo ese contrapoder. En pequeña escala seguimos el ejemplo de lo que hacen en Brasil los SIN TIERRA o en México el Zapatismo”.

(Elvio, asambleísta de Ciudadela Norte, provincia de Buenos Aires, extraído de “Asamblea”, boletín de la Asamblea de Ciudadela Norte N° 2)

“Bajo el marco ideológico capitalista el concepto de poder que se ejerce legitimado por una organización política, económica y social para las mayorías está ligado a lo

⁸ La autora Maristella Svampa plantea que en el seno de las asambleas, las estructuras partidarias de izquierda demostraron poca voluntad a la hora de revisar concepciones del marxismo dogmático respecto al poder y al sujeto histórico, generando situaciones conflictivas y disruptoras de algunas asambleas. En Svampa, Maristella y equipo de trabajo (2002) “Movimientos sociales en la Argentina de hoy. Piquetes & Asambleas. Tres estudios de caso” CEDES.

negativo. En contraposición aparece el poder popular que se perfila como positivo y como motor de una nueva sociedad.”(Cooperativa Integral de Villa Carlos Paz, Córdoba, 2002)

“Algunos se preguntarán por qué este movimiento debería presentarse a elecciones. Yo creo que es la forma de canalizar el dicho ‘que se vayan todos’ y hacerlo una realidad. Se puede hacer presión, se pueden hacer marchas y cacerolazos pero la única forma de cambiar este estado aberrante de cosas es con una revolución o con un movimiento político que se presente a elecciones y empiece a ocupar espacios de Poder”
(Nicolás, Asamblea de Martínez, prov. de Buenos Aires, en Caram, Oscar, p.146)

El tema del poder es el que más profundamente atravesó implícita y explícitamente la discusión en el seno del movimiento asambleario. De manera implícita, porque las asambleas fueron en sí mismas un proceso de construcción de poder. Cualquier decisión que se tomara, tanto en lo referido a cuestiones inmediatas como lo relativo a problemas de mayor alcance, implicaba una toma de posición respecto al ejercicio del poder. Explícitamente porque el tema del poder formaba parte de la mayoría de los temarios de las asambleas.

A grandes rasgos, se puede sugerir que en las asambleas se manifestaron tres posturas respecto al Poder. En primer término, se sostenía una postura tradicional, proveniente de la cultura de izquierda más ortodoxa que postulaba la *toma de poder* como único camino posible para cambiar la sociedad. Frente a esta posición, y -una vez más como producto de la influencia del Zapatismo mexicano-, la idea de *construcción del poder* desde abajo tomando de manera empírica la idea de que el poder formaba parte de las relaciones sociales y como tal, se entrecruzaba en una maraña de redes.

Esta postura incluía una relación de tipo dialéctico con la primera, aunque no precisaba la forma en que se podía producir el salto entre el poder construido y el poder instituido. Y finalmente una posición surgida de los trabajos de Antonio Negri y John Holloway⁹ que implicaba la idea de rehuir del poder. En pocas palabras, si el Poder central

⁹ NEGRI, Antonio (1993) *La Analogía salvaje*. Barcelona, Anthropos.

NEGRI, Antonio y HARDT, Michael (2002) *Imperio*. Buenos Aires. Paidós.

Holloway, John (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Andrés Adolfo Méndez.

encarnaba los intereses de las clases dominantes y su propia naturaleza sólo podía responder a los mismos, no era ese el ámbito propicio para ejercer el poder de los sectores subalternos. En síntesis, la concepción de que el poder no se toma, y más aún, de que no hay que querer tomarlo: *“frente a la contradicción de micropoder contra macropoder, toda respuesta que se busque por el lado de la exclusión de uno de los dos polos dialécticos terminará en la frustración. No hay micropoder sin macropoder, y viceversa.* (Dri, op.cit: 79).

Como mencionamos en párrafos anteriores, la idea de la construcción de poder desde abajo encierra la crisis de representatividad, tal como plantearan (Ouviaña,) (Abal Medina h,) , que sostienen que fue imposible seguir manteniendo la “ficción de la representación”. En este orden, toma relevancia el concepto de democracia directa: *ante el deficiente funcionamiento de las estructuras representativas de la democracia (...) el pueblo se nuclea en tanto asamblea, y desde este nucleamiento ejerce la democracia sin mediaciones. De esta forma, el pueblo – que, en verdad, se constituye en tanto pueblo a partir de la asamblea- denuncia que ‘la política representativa ha devenido oligarquía política’ traicionando el mandato democrático que se le había confiado.”* (Feinmann, José Pablo, 2002)

Aníbal Quijano¹⁰ plantea que hoy en día más que el asalto al poder, fenómenos como el de las asambleas y otros movimientos que hay en América Latina, en realidad marcan la construcción de un poder alternativo por abajo. Porque hay una desconfianza tan grande hacia el Estado, que ya ni siquiera se plantea en los términos del reemplazo

¹⁰ Aníbal Quijano, sociólogo peruano que plantea la necesidad de pensar los procesos latinoamericanos desde otros lugares de enunciación que “ensanchen el espacio” de producción de conocimientos que reconstruyan otra mirada de la historia latinoamericana que implique *“la desarticulación de la lógica binaria y esencialista del aparato ideológico del poder colonialista”* (Mellino, 2008:84) y le otorga un papel activo a los grupos subalternos en la construcción de dicho conocimiento. En QUIJANO, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas. Edgardo Lander (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. Julio de 2000. p. 246. Disponible en la World Wide Web.

tradicional, si no en la construcción de una alternativa por abajo. Y en este sentido, las asambleas reflejan esto, esta reapropiación territorial. (Brieger, P., en Caram O, 2002: 153)

La idea de construcción de Poder local pareció encarnarse a partir de las primeras ocupaciones de espacios, ya sea lugares públicos abandonados o edificios cerrados que habían pertenecido al ámbito privado. A partir del ingreso de la asamblea de Parque Avellaneda al local abandonado de lo que fuera la pizzería La Alameda, y su conversión en un Centro cultural y el ámbito de discusión y de convocatoria, además de la rápida implementación de un merendero para los grupos más postergados del barrio, varias asambleas de Capital y el Conurbano encontraron lugares cerrados donde encarnar sus proyectos con el vecindario a resguardo del frío nocturno que conspiraba contra las discusiones al aire libre. En rápida sucesión, las asambleas de Paternal, Villa Crespo, Cid Campeador, Villa Pueyrredón, Villa Urquiza, Parque Lezama, Pompeya, Villa del Parque, Flores, Belgrano, Liniers, Palermo Viejo, Lomas del Mirador, Haedo, Lomas de Zamora y otras, ocuparon y resistieron en edificios abandonados para ponerlos a funcionar en sentidos opuestos a los que tenían otrora, y darle a cada asamblea una entidad y una imagen de asentamiento barrial que no podían concretar sólo sesionando en esquinas o plazas.

Estas experiencias se correspondieron con un contexto en el que aparecieron como datos contundentes de la realidad la toma y recuperación de empresas por parte de sus trabajadores. Este proceso, producto de la profundización de la crisis económica con la consiguiente quiebra de numerosas empresas, sumado al vaciamiento perpetrado por no pocos empresarios, supuso una alternativa forzosa para los trabajadores que quedaban desocupados: la ocupación y puesta en funcionamiento de estas empresas. De esta manera, se materializa una transformación de fondo en la propia lógica del sistema: fueron los trabajadores quienes democráticamente decidían sobre las condiciones de producción, en otras palabras, resolvían qué, cuándo y cómo producir, y cómo administrar la renta. Se plasmaba, de este modo, una experiencia de ejercicio de *poder* del que participaron cerca de diez mil trabajadores en todo el país.

En muchos casos este proceso incluyó la construcción de una trama de la que participaron también los movimientos de desocupados y las asambleas, quienes actuaban

de vínculo compartiendo experiencias con estas empresas, apoyando la resistencia de los trabajadores en la toma de los edificios y hasta oficiando como vehículo de distribución de los productos que elaboraban.¹¹

En esta dirección, desde el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER) se afirmaba: *“la recuperación de empresas es parte del proceso de construcción de poder popular. Nosotros no somos el ombligo de esa construcción. Apuntamos a ese proceso desde este espacio de los trabajadores que hoy estamos en esta pelea. La damos en el marco de la lucha de los ocupados y desocupados. Como movimiento decimos que cada empresa recuperada tiene que servir a esa construcción de poder popular, con el conjunto de la comunidad.”*(Murúa, E., trabajador de IMPA, dirigente del MNER, en Caram, O., 2002:61).

La aparición de los nodos y clubes de trueque se inscribieron en esta misma lógica, propiciando la búsqueda de una alternativa económica popular y solidaria que supere la idea dominante de la competencia, la ganancia y la especulación.

Es importante resaltar, entonces, cómo en el contexto de la crisis finisecular del país se consolidó una trama de relaciones y vínculos que pensaron y actuaron el poder de manera inédita y colectiva, que no sólo involucró superar la crisis más profunda de la historia argentina sino que además implicó la reconstrucción de los lazos sociales sobre nuevas bases.

Algunas reflexiones finales

El 26 de junio de 2002, una violenta represión policial disolvió una manifestación y corte vehicular del Bloque Piquetero Nacional en el puente Pueyrredón, que conecta la zona sur de la Capital Federal con el partido de Avellaneda. El saldo de la masacre incluyó dos muertos, Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, ambos integrantes del Movimiento de

¹¹ Vale como ejemplo la resistencia de los trabajadores de la textil Brukman del barrio de Once y el caso de Grissinópolis, fábrica de grisines recuperada por sus trabajadores, ubicada en el barrio de Chacarita, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que distribuía sus productos a través de distintas organizaciones sociales. La Metalúrgica IMPA del barrio de Caballito, cuyas instalaciones sirvieron para distintas actividades realizadas por sindicatos, asambleas y movimientos de desocupados. Dichas actividades incluían talleres culturales de todo tipo hasta reuniones de corte netamente político.

Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, además de centenares de heridos. La agresión – anunciada y perpetrada desde el gobierno nacional de Eduardo Duhalde- provocó una reacción inmediata desde todos los pliegues del movimiento popular, que protagonizó marchas y movilizaciones de protesta de enorme magnitud. Las asambleas barriales no se quedaron al margen, y acudieron a los actos convocados junto a piqueteros, partidos de izquierda, el sindicalismo combativo y organismos de defensa de los derechos humanos, entre otras organizaciones.

La represión y sus consecuencias provocaron una conmoción política de enormes proporciones. Al quedar en evidencia el objetivo disciplinador del gobierno y su metodología, el mismo se vio obligado a adelantar el cronograma electoral y buscar rápidamente una salida legitimadora en el trabajoso proceso de recomposición política tras la crisis de fines de 2001 y comienzos de 2002.

En sentido opuesto, el movimiento popular en su conjunto sufrió –más allá de la reacción inmediata contra la represión- una sacudida que hizo replantear el posicionamiento ante el poder político. Los propios sucesos de Avellaneda causaron un quiebre en el frente interno piquetero, cuando algunas de sus organizaciones –la Federación Tierra y Vivienda liderada por Luis D’Elia- ensayaron un aval a la tesis oficial del enfrentamiento interno como origen de las muertes.

En lo que respecta a las asambleas barriales, la nueva coyuntura operó como catalizador para agudizar contradicciones internas. En ese sentido, creemos que en el imaginario de los asambleístas comenzó a percibirse la impotencia frente al Poder, y se perfiló la sensación de que la oleada popular formada en Diciembre comenzaba su reflujó. La falta de participación de los vecinos de los barrios en las actividades asamblearias, la disminución en el número de sus integrantes y la disolución de varias asambleas, fueron síntomas a nuestro juicio inequívocos de la nueva realidad. En otras palabras, la recomposición del Poder político central, operada en nuevas alianzas en el seno de bloque dominante, habrían actuado por reflejo en el campo popular como señal de su imposibilidad para plantearse como alternativa real, al tiempo que la “construcción de poder” se percibía

como diluida en la dinámica de las disputas políticas, el resurgir del aparato clientelar y la cooptación de no pocas organizaciones populares.

“El poder no es una cosa, no es un objeto, no se encuentra en algún lugar como puede ser la Casa Rosada o el Comando del Ejército. El poder está constituido por las relaciones sociales, lo cual significa que se construye, construir nuevas relaciones sociales, nuevas maneras de reconocernos, es construir poder, nuevo poder. Es evidente, que sólo se puede hacer desde lo pequeño a lo grande, desde la base hacia la cima, pero no en forma lineal. La cima existe, actúa, y lo hace de una manera persistente, eficaz y, muchas veces, brutal.” (Dri, 2002:80).

Bibliografía

- AAVV (2002) *Qué son las Asambleas Populares*. Pena lillo. Buenos Aires. Ediciones Continente.
- ARETSE, Matías (2011) Las acciones colectivas de protesta y el conflicto social en la Argentina de 1990: Apuntes sobre sus caracterizaciones. *Sociohistórica* (28), 107-129. En Memoria Académica. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr:5170/pr.5170.pdf
- AUYERO, Javier (2002). “Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina”, en *Desarrollo Económico*. N° 166.
- BACZKO, Bronislaw (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, Cap. 1 y 4.
- BARRERA, Sergio. “Las Asambleas Populares del 2001-2002: La primavera de la autoactividad de las masas” <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-46/las-asambleas-populares-del-2001-2002-la-primavera-de-la-autoactividad-de-l>, consultada el 24 de marzo del 2013.
- BLOJ, Cristina (2004) “Presunciones acerca de una ciudadanía ‘indisciplinada’: asambleas barriales en Argentina”. En Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 133-150.
- Boletín de la Asamblea vecinal Saénz Peña-Santos Lugares “Tres Minutos”, Buenos Aires, N° 1, abril 2002.
- BRIEGER, Pedro (2003) “Las Asambleas en la Argentina”, en AAVV (2003) *En Argentine, enjeux et racines d’une société en crise*. París, Tiempo Ed/Editions du Félin.
- CABRAL, Ximena (2004) “El trabajo territorial de las asambleas barriales. Actores, redes y trayectorias. Trabajo presentado en las IV Jornadas de Estudios Interdisciplinarios “Las Ciencias Sociales y Humanas en Córdoba”, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, 4,5 y 6 de octubre del 2004.

CALLEJA ARRAVAL, Santiago (2002) *Microfísica del poder en Foucault*, eomfuego, N° 14 setiembre <http://www.eldigoras.com/eom/2002/fuego14sca03.htm>, consultada el 28 de marzo del 2013.

CARAM, Oscar (2002) *Que se vaya TODO. Asambleas, Horizontes y Resistencias*. Buenos Aires, Manuel Suárez Editor.

DRI, Rubén (2006) *La revolución de las Asambleas*. Buenos Aires. Diaporías Ediciones, publicación de la cátedra de Filosofía, carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

En Revista Sudestada, Año 11, n° 105, diciembre 2011, p.12

FEINMANN, José Pablo Reportaje de Alberto Catena, julio-agosto, 2002.

FERRARO, Miguel Angel-CORONEL, Alejandro Aníbal (2003) “Los nuevos movimientos sociales: el caso de las Asambleas Barriales de Buenos Aires”, Universidad Nacional de Tres de Febrero, equipo de investigación de Daniela Marchini y Mariana Schmidt.

FOUCAULT, Michael (1980) *Microfísica del poder*. Madrid, Ed. La Piqueta

GEPSAC (2006) “Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003”. Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción colectiva) Instituto de investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

MONGE VEGA, Noelia (2008) “Que se vayan todos: el eco de las cacerolas en los barrios porteños: asambleas populares en Argentina, perspectiva espacial de la acción colectiva” Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia. Madrid. Disponible en <http://eprints.ucm.es/8306/>

PALOMINO, Héctor (2004) “La Argentina hoy: los movimientos sociales” Ensayo preliminar elaborado en el marco de dos investigaciones en curso en la Universidad de Buenos Aires. Una versión inicial fue presentada en la Labour Conference organizada por las universidades de Duke e Indiana, Estados Unidos, en septiembre de 2003.

QUIJANO, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas. Edgardo Lander (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. Julio de 2000. p. 246. Disponible en la World Wide Web.

RETAMOZO, Martín (2011) *Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina*. En Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 10, N° 28, 2011, p. 243-279

SALAS OROÑO, Amilcar (2003) “Asambleas barriales e imaginarios sociales. Sobre las formas de resistencias en la Argentina contemporánea.”, mimeo.

SVAMPA, Maristella (2002) *Movimientos sociales en la Argentina de hoy piquetes & asambleas. Tres estudios de casos*. CEDES, 2002

VARELA, Paula “Territorios de sujetos peligrosos” Disponible en <http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2011/03/Territorios-de-sujetos-peligrosos.pdf>

